

## LATORRE AL MENUDEO

A esta altura, ya no es posible dudar: si hay tantas y tan contradictorias maneras de opinar sobre Latorre en tanto personaje, se debe sobre todo a que no fue de ningún modo un "personaje". Lo que hizo —con monótona mediocridad, aun al incurrir en escandalosas demasías— no parece emanar en efecto de una personalidad cabalmente creadora. Y pueden entonces ponerse en circulación las suposiciones más encontradas, apenas se intenta fijar un perfil decisivo en donde no lo hay. Sería tarea inútil buscar, detrás de la aparente inverecundia con que Latorre intentó ocultar su irremediable vacío, una intención coherente, una toma de posición madura, un hombre capaz de hacer historia, en la medida en que toda verdadera personalidad puede hacerla. Por cierto que esa intrascendencia no le importó poco ni mucho. Ni remotamente podía la posteridad llegar a ser para él "su mejor tesugo", como había llegado a presentarla aquel hacedor de historia que fue Artigas. Todo lo contrario. "Me cago en la posteridad", diría tranquilamente el ex dictador años después, cuando él mismo estaba ya formando parte de su posteridad. Lo mejor era por consiguiente quemar todos sus papeles, como lo llevó a cabo en Buenos Aires. La leyenda negra que le pudo así tocar, se elaboró solamente un torno a un temperamento, y no a la conducta que le derivara. No es otro el objetivo a que apunta Fernández Saldaña en este libro, en donde se limita a relatar hechos aislados, desligados de toda situación condicionante. En vano se intentaría rastrear así en esta recopilación la incidencia de los grupos de presión, del alto comercio y el capital inglés, del hacendado y sus aliados naturales, ni mucho menos su obra indiscutible de ordenación y ajuste estatal. Para llevar a cabo dicha


obra no se necesitaba por cierto demasiado talento, aunque si una continuidad más o menos obstinada, continuada que no provenía de una visión global de estadista que Latorre no podía tener, sino de un régimen estable en la secreción de sus humores. J.M.F.S. no registra así en Latorre sino lo que había en Latorre, es decir el ejercicio desorbitado del poder como fuente de arbitrariedad, cuando no de crueldad. Su tema son esos encuentros y desencuentros, muchas veces alterados por la pasión, en que suelen embotellarse las corrientes de la historia. El liberalismo batill-humanista le dicta naturalmente al autor las normas que presiden (con la inocencia de quien ni siquiera sospecha que pudieran regir otras) un rechazo al que se aplica como a cosa consabida, dando por sentado que está limpiamente fuera de toda discusión. Puede entonces atenerse a la descripción pura y simple de los hechos tales como los registra la percepción corriente, "procedimiento" que suponía seguramente que era la última palabra en materia de métodos científicos, sin preocuparse lo más mínimo por que sea al mismo tiempo la primera, la que todos aplican comúnmente. Y así es que si más de una vez saca a relucir sus escrúpulos de honradez en cuanto testigo, el motivo suele ser tan nimio como por ejemplo sus dudas acerca del número de una chapa indicadora.

Que la inanidad de Latorre lo permite todo, ya se vio en el libro de Salterain Herrera, a quien no le costó mucho atribuirle una dimensión holgadamente positiva. La historia pasó en realidad junto a él o a su través, y la objetividad sin trasfondo de J.M.F.S. le viene como de perilla. De nada valió que Latorre actuara y hasta que sobreactuara, que fuera factor participante, más que determinante, de tantos hechos, algunos incluso de la relevancia de la reforma vareliana. Lo bueno y lo malo

se hizo con su intervención, pero sin llevar su sello, del que por otra parte carecía. Latorre no es sino guarrangería política con viento a favor o en contra, según las circunstancias. Si fue un dictador, lo fue porque no conocía otra manera de enfrentar las resistencias con que tropezaba. Su violencia es la respuesta de los que no disponen sino de un parvo repertorio de gestos casi reflejos y de algunas simples e inmodificables ideas sobre lo que creen que se debe hacer en cada caso. Las crueldades, así, "le salían", excediendo lo que había pensado hacer. "Parecía" un mandón, hasta cuando lo era de verdad. No era ni siquiera lo que parecía. Este anecdotario, aunque soslaya todo análisis histórico, viene a resultar, debido precisamente a esa limitación, la manera más adecuada de perfilar esa poquita cosa que fue Latorre, esa torpe ejecutividad, a la que resguardaba, como única habilidad, la de precaverse y desbaratar, con burdos manotazos, cualquier conato de amenaza; e incurriendo a veces en pifias garrafales, como la de su renuncia, aajo por el que creyó poder reubicarse con renovada estabilidad en su silla de gobernador, pero que no vino a ser sino una manera increíble de perderlo todo. El libro alcanza, en la descripción de esos momentos, así como en los del exilio subsiguiente, su punto más alto de interés. Aparece allí un Latorre que adquiere al fin algún relieve humano, con el patetismo de su vacío desconcertado, pegado a la frontera, dándole luego vuelta al territorio nacional, dibujando con su viaje ese gran cero que fue su trayectoria en cuanto expresión de personalidad.

Cronista aplicado, verdadero gourmet de las peripecias de entretelones, el autor apenas si se atreve a sazonar sus crónicas con reflexiones sumarias, descontando una adhesión del lector que supone indeclinable. Habla a convencidos, en el tono de quien cuenta sucedidos a contertulios que buscan solamente ratificaciones sabrosas de lo que ya sabían. No hay pues otro modo de leerlo que llevándole el apunte, simpatía que no significa compromiso, y con lo que se aprovecha por lo demás una oportunidad no desestimable de pasar el rato.

(\*) José María Fernández Saldaña, LATORRE Y SU TIEMPO, Montevideo, Arca, 179 pp.



librería

**DE LA  
MANCHA**

- ARTE
- LITERATURA
- CIENCIA
- TEXTOS
- LIBROS DE
- OCASION

**MINAS 1479  
CASI 18 DE JULIO  
TEL. 4 43 24**